

Retornos de Cárdenas

Por Jaime

Quezada

Por fin los *Poemas migratorios* de Rolando Cárdenas tomaron cuerpo —hueso y alma— y andan ahora como salidos de remotos continentes para vanagloria de nuestra poesía. Siempre a maltraer y siempre perdurable. Por el año 63 don Ricardo Latham escribía en su página dominical que Cárdenas era uno de los más originales autores del último decenio. Y Benjamin Subercaseaux, en la revista "Zig-Zag" de ese tiempo, lo llamaba *mi amigo, mi hermano: usted es un poeta de verdad*. Al parecer ni uno ni otro estaban equivocados por aquel sentido superior que tiene el olfato profundo. Pero los juicios van y vienen. Y la poesía cuando es tal queda a flor de aire. Este último libro de Rolando Cárdenas confirma aquellos aciertos y proyecta el nuestro con mirada nueva.

Lejos de las señales de la costa los *Poemas migratorios* tienen el rescate de antepasados, familias y costumbres. Gentes que fundaron lugares, recorrieron mares, atravesaron canales en frágiles embarcaciones, construyeron faros, se hicieron a la vela a la buena de Dios. Yo nací en Punta Arenas, cuenta Cárdenas, y salí de allí a los veinte años. Ahora todos me consideran un poeta santiaguino ("Algo chilotito", le decía también Subercaseaux). Pero yo hablo de una zona presente y remota, de una región que está en mí y me pertenece. De otra manera no podría vivir. Las nostalgias reviven mi pasado. Estoy siempre en las ausencias y retornos. Estas palabras dichas casi descuidadamente en "El Ciclista" o en el "Bar Comercial", tienen su relación y fundamento cierto en sus poemas. Vida y poesía se unifican motivada por humanas vivencias. Infancia enriquecida por lejanos inviernos: *de todo eso la poesía es lo único que nos queda, quizás como una forma de tristeza*.

Si se pone oído atento a estos poemas se escuchará, de seguro, el viento de los archipiélagos, el oleaje del mar austral, los milenarios cataclismos marinos. Se verá también una raza que se extingue, islas que desaparecen, aldeas pobladas por habitantes que dicen adiós desde todos los rincones, leños quemados y cenizas que fueron fogatas en la noche de los onas. Las soledades, las lluvias, las piedras, los árboles azotados por las interminables tormentas: *la muerte era aquí un presagio violento*. Es la verdad de un libro que nos acerca a un pasado que vuelve en la leyenda, en el mito, en el sueño que perdura en la memoria. No en vano la luz va de verso en verso en estos textos. Lo que ilumina la tierra australis como blanco esqueleto de ballena o como cielo que recuerda el día de la infancia: *Y era una luz que parecía estar a toda hora / curvándose hacia lentos países nevados. Antigua claridad de los hielos que se quedó allí / desde la primera noche polar. Todos los ausentes que llevamos en nosotros / con los nombres de las cosas en un recuerdo blanco*. Poesía hecha de silencios y abandonos, de olvidos y lejanías: lo que queda una mañana llena de ceniza dulce.

Testimonio poético, se diría también de estos *poemas migratorios*. Cárdenas los publica venciendo esfuerzos y no pequeños sacrificios ("todo esfuerzo si no es sostenido se pierde", dice nuestra Mistral). Es su fidelidad a lo que forma parte ya a un quehacer y oficio. No cabe duda que estuvo meses documentándose de cuanta literatura de temas magallánicos cayó en sus manos. Leyó a historiadores, geógrafos, cartógrafos, viajeros, navegantes, amén de sus mismísimas raíces personales y de antepasados que han sido sus fantasmas y realidades: *Alguna vez hemos escrito en un simple homenaje / un nombre de esos que nunca envejece*.

Si sus poemas están destinados a sobrevivir como escribió, no hace mucho, Alfonso Calderón, razón tiene nuestro poeta para andar con cara de Joseph Conrad ("y recuerdo igualmente mi juventud y el modo de sentir que nunca más torna a nosotros") cantando por ahí *Háblame de amores, Marión* o la sentimental *Mucho corazón* de María Teresa Lara. Quitado de bulla, Cárdenas, pero no de canto. A menudo evoca la pálida canción de Gregorio Barrios a quien vi en el "Germania" cuando estaba ya borracho y viejo. Como esas canciones, sus poemas. Regusto a lo que fue y sigue siendo. Me dijo una vez Rolando Cárdenas: *si yo tuviera que irme a algún lugar del mundo, por siempre jamás me iría a vivir en uno de aquellos faros abandonados en los canales patagónicos*. Simple manera de mistificar, a lo mejor. Sus poemas migratorios son las reminiscencias de aquellos abandonados faros que iluminan con luz propia: *Es un regreso para encontrar todos los rostros, desamparado como el último ser de un planeta destruido*.